



Imagen de vestir de la Virgen de los Dolores, obra de José de Mora (1677-78)

Francisco de Segura fue todas aquellas cosas, espadachín, militar y literato, al igual que otro de esos atencinos que paseó el nombre de la villa más allá de nuestros horizontes, si bien casualmente no nació en Atienza, de donde eran sus padres y unos cuantos de sus ascendientes. Sebastián de Ucedo nació en Alejandría en el primer tercio del siglo XVII, sirvió en los ejércitos de aquella tierra, anduvo por Milán, el Piamonte y Lombardía; conoció las cortes europeas, sirvió al rey y dejó para la memoria del tiempo una buena colección de obras literarias en las que con frecuencia, al hablar de sus ascendientes, sale a relucir, como no podía ser de otra manera, el nombre de Atienza.

Es también la época en la que de Atienza comienza a salir hacia los distintos puntos del obispado, y de fuera de él, toda una serie de personajes ligados con el arte del retablo. Con esas otras obras de arte que por entonces comenzaban a poblar las iglesias. Las gentes de Atienza, aprendiendo de los talleres seguntinos, dieron un buen ramillete de hombres dedicados a aquellas artes desde que Francisco y Diego del Castillo abriesen sus talleres.

Puede que uno de los más representativos fuese Diego de Madrigal, quien nació en el entorno de la plaza del Mercado y tuvo su taller en el barrio de San Gil, aunque hubo bastantes más.

No vamos a olvidar a Francisco Gonzalo, nacido en torno a 1675 y quien trabajó, como Diego de Madrigal, a lo largo y ancho del obispado de Sigüenza y por supuesto en Atienza. A él se debe el retablo de la capilla de las Santas Espinas, en la iglesia de la Trinidad, entre otros. Trabajó con Francisco del Castillo, retablista también y siempre vecino de Atienza, por lo que suponemos que en Atienza nació, en una época que dio a la villa buenos orfebres, entre los que no podemos olvidar a José de la Fuente, dorador de la capilla de la Inmaculada, también en la iglesia de la Trinidad, o a los antecesores de Francisco de Artacho, autor de la desaparecida custodia de esta misma iglesia parroquial.

Son también los años en los que los atencinos comienzan a buscarse la vida al otro lado del mar, en el Nuevo Continente.

Fueron varias decenas los naturales de Atienza que hicieron el viaje, en la mayoría de los casos para no regresar, formando al otro lado del mar una nueva familia. Ciertamente es también que en aquellos tiempos el Nuevo Continente era la tierra de las oportunidades.